

dole á vuestra presencia, le abristeis los ojos, le concedisteis la vista, le disteis la luz necesaria, no solo para ver las cosas del mundo, sino tambien para contemplar las verdades eternas y seguir el seguro camino de su verdadera dicha; sacád, os rogamus con el mayor encarecimiento, sacád de la confusa turba del mundano bullicio á tantos y tan miserables ciegos, que se hallan con ella en manifiesto peligro de su perdicion; acercádlos á vos, fuente perene de luz para iluminarles; concedédes la vista y la luz que necesitan, para ver sus peligros, conocer su miseria, implorar vuestros auxilios, salir con vuestro amparo de su infeliz estado, y buscar con vivas ansias el verdadero camino de su felicidad eterna.

Y vosotros, fieles míos carísimos, vosotros los que por especial favor del cielo no habéis incurrido en la ceguera funestísima de aquellos miserables; ya que tenéis aún los ojos abiertos, considerád bien su miseria y escarmentád con ella: mirád con asombro ese confuso bullicio, que tiene cubierto de tinieblas al mundo, especialmente en estos días; mirád con horror y aversion esas juntas sospechosas, esos bailes provocativos, esas casas de juego, esos excesos brutales, esos convites de lujo y profusion, esas escuelas de libertinaje; y, por decirlo en una palabra, mirád con horror y huíd con todo vuestro conato, esas diversiones vanas, inmodestas, indignas de cristianos, en las cuales el peligro es manifiesto, el tropiezo muy fácil, y la caída puede ser fatal é irreparable. No nos dejemos llevar en estos días, ó cristianos, de los impulsos del apetito, de las máximas erradas del mundo, ni de las que neciamente se llaman diversiones del tiempo; sino del espíritu y sagradas leyes de nuestra santa Religion, de los avisos tan saludables como seguros de la Iglesia nuestra madre amantísima, que ya nos llama, no solo con altos clamores, sino tambien con tristes demostraciones, al retiro, á la contemplacion, á los ejercicios de piedad, á la verdadera devocion y penitencia. Sigamos constantes tan importantes avisos, y con su observancia preparemos dignamente nuestros corazones para la de la santa cuaresma, en que debemos consagrar á Dios nuestros corazones, desprendidos de los bienes, placeres y vanidades del mundo; solo solícitos de los bienes espirituales y eternos, ansiosos de la divina gracia y sumamente deseosos de la gloria celestial. Amen.

INSTRUCCION

ACERCA DE LA CEGUEDAD QUE NOS IMPIDE VER LAS VERDADES DE LA RELIGION.

PARA EL LÚNES DESPUES DE QUINCUAGÉSIMA.

(DE COCHIN.)

Mas los apóstoles no entendieron nada de esto; esta palabra les era escondida, y no entendian lo que les decia.

S. Lucas, c. 18. v. 34.

Jesucristo, hermanos míos, sube á Jerusalem, á esa ciudad desagradecida que maltrata á los enviados del Señor y da muerte á sus profetas; á esa ciudad, que dentro de pocos días pondrá sus manos sacrílegas sobre el Hijo primogénito del Padre de familias. Jesucristo está perfectamente instruido de los designios perniciosos que se forman en ella para perderle: sabe que le espera una muerte inevitable; que la sinagoga se prepara para inmolarle á su furor y sus zelos, y que ya se buscan en el sanhedrin todos los medios de apoderarse de él. Conoce hasta los mas secretos pensamientos de su corazon, y no se le oculta nada de la traicion que se forma, ni las mas pequeñas circunstancias de los sucesos que deben preceder y acompañar á su suplicio. En el camino habla á los apóstoles de todas estas cosas, sin olvidar los ultrajes y los oprobios que le esperan. Estos conocimientos parece que deberian inspirarle un vivo deseo de venganza y la mayor indignacion contra este pueblo delincuente; pero sin embargo camina á Jerusalem con disposiciones de dulzura y de paz, y en la curacion del ciego de Jericó deja nuevos testimonios de su ternura y de su bondad. Y derramando siempre los bienes á manos llenas, ¿no tendrá facultad para preguntar á sus jueces y á sus verdugos, por cuál

de sus beneficios se le da la muerte? Esta pregunta no se limitará, hermanos míos, á esta nacion infiel: sigamos pues á Jesucristo en el camino de Jericó, y la ingratitud misma de los Judíos nos hará volver sobre nuestro propio corazón, para que condenando la insensibilidad de ese pueblo, podamos gemir sobre nuestra dureza personal. Este tiempo particularmente nos suministrará con abundancia materia de gemidos y de llantos. Los consejos de los pecadores, las asambleas de los malos se reúnen contra Jesucristo en estos días de placer, de intemperancia y de embriaguez: las tertulias de los impíos están abiertas, y al tiempo mismo que la Iglesia se prepara para pedir á sus hijos mas recogimiento, mas penitencia y una asistencia mas frecuente á los ejercicios devotos; el mundo presenta á sus adoradores placeres mas vivos, comidas mas delicadas y ocasiones mas peligrosas. Separémonos por tanto de los pecadores, y aprendamos en la explicacion de nuestro Evangelio el riesgo y el peligro que corremos, si nos confundimos con ellos.

Jesucristo, hermanos míos, desde el primer día de su mision tuvo gran cuidado de instruir á sus apóstoles, y de prepararlos para los diferentes misterios que debian obrarse á su vista. Como los habia escogido simples, sin estudios, sin instruccion ni talento, habia muchos que no entendían lo que les decia; y así el Salvador, despues de haberlos instruido en público, les explicaba particularmente las parábolas de que se habia servido para fijar la atencion de sus oyentes, y les descubria los misterios del reino de Dios, teniendo presente que despues debian enseñarlos á los demas: sobre todo se aplicaba con gran cuidado á mostrarles la relacion de los sucesos de su vida mortal con los diferentes oráculos que habian anunciado su mision, y aunque en los primeros instantes de su vocacion les hablaba con aquella reserva y precaucion que correspondia, extendia sus conocimientos y sus luces á medida que ellos manifestaban su fidelidad y adhesion.

Hoy, dice el Evangelio, que tomó Jesus aparte á los doce apóstoles, y como sabia el escándalo que podia causarles la ignominia de su pasion, les hace una pintura exacta de ella, á fin de que combinando las predicciones y los sucesos, tengan un medio de afirmarse en su confianza y en su fe. Vamos, les dice, á Jerusalem, y serán cumplidas todas las cosas que escribieron los profetas del Hijo del hombre; como si dijese: ya os

he dicho mas de una vez que todas las profecías se dirigen á manifestar mi mision, y he tenido cuidado de hacerlos notar su cumplimiento en las diferentes acciones de mi vida; pero aunque ya se han cumplido tantas, todavía queda un gran número pendiente, y así voy á Jerusalem para poner el sello á las predicciones que se han hecho del Hijo del hombre, el cual no habiendo sido enviado sino para hacer la gloria de Israel, y asegurar á Abraham, Isaac y Jacob el efecto de las promesas que habian sido el objeto de sus esperanzas, va sin embargo á verse despreciado de su pueblo, y será entregado á los gentiles para ser el objeto de su furor. ¿Qué importa que en los días de su vida mortal no piense ni haga otra cosa que colmarle de beneficios? La sabiduria de sus palabras, la naturaleza y la multitud de sus milagros debieran haber fijado la confianza y el amor de este pueblo; pero estos ciegos, despues de haber atribuído á Belzebú los prodigios que obraba á su vista, desacreditarán su doctrina y sus discípulos, menospreciarán sus promesas y llegarán á escarnecerle en su persona: su venida no tenia otro fin que libertar á su pueblo de la esclavitud vergonzosa del demonio, para procurar á la tierra la salud, la libertad y la vida; pero sin embargo será azotado y tratado como el mas infeliz y abatido de los esclavos. Entre tanto que este pueblo se complace de los delincuentes mas arrojados y sanguinarios; entre tanto que se buscan los medios mas eficaces para suavizar sus penas, y que se les dispensan los alivios y consuelos que solicitan; el Hijo del hombre, el Santo de Israel será tratado sin consideracion ni compasion alguna: ultrajes sangrientos, á que de ningun modo se ha hecho acreedor, se añadirán á la sentencia injusta que le condena á muerte: despues que le azoten, y que le llenen de oprobios y de humillaciones, le condenarán á la muerte mas cruel y vergonzosa; pero no tardará en probarles, que sufriendo tantos ultrajes y padeciendo tantos tormentos, es la víctima voluntaria de su obediencia; y les convencerá de que el poder pasajero que han tenido sobre su cuerpo, les ha sido dado por el Padre celestial, para que se cumpliesen los designios que no entendian. En fin, incorruptible en el sepulcro y despues de haber gustado la muerte, resucitará al tercer día. ¿Podia Jesucristo, hermanos míos, dar á los apóstoles una instruccion mas exacta de las circunstancias que debian acompañar su sacrificio? Sin embargo ellos no entendieron nada

de esto, y esta palabra les era escondida, y no sabian lo que les decia. ¿Sabéis acaso, cristianos, las causas porque los hombres no comprenden las cosas mas evidentes, sobre todo en materia de religion? Pues no nace de otra cosa sino de ciertos juicios errados, del mal semblante con que las miran, y de cierta disposicion interior contra ellas: si adoptan un sistema y se embeben de un pensamiento, cualquiera que sea, no hay razon ni fuerza que baste para disuadirlos. Si por desgracia forman un mal juicio del prójimo, atropellan todos los respetos y cometen injusticias enormes por sostenerlo. Lo mismo acontece en los juicios favorables, aunque sean los mas injustos. Los padres deslumbrados con algunos rasgos de talento y de virtud de sus hijos, los dejan crecer en costumbres las mas viciosas y criminales. Muchos amos, seducidos por algunas buenas cualidades de un criado, se entregan á él con una confianza insensata y cierran los ojos á mil desórdenes groseros y escandalosos.

Los apóstoles se deslumbraron tambien y no entendieron el lenguaje de Jesucristo: la idea que se habian formado de él, era enteramente carnal: ellos le miraban siempre en el concepto de restaurador del reino temporal de la casa de Judá en todo su esplendor, y de tal manera estaban prevenidos de esta idea, que no tuvieron reparo alguno en pedir á Jesucristo las primeras sillas de su reino, y en disputarse entre sí la preferencia y la superioridad.

El interes es igualmente, hermanos míos, una fuente de ilusion no ménos poderosa. Muchos no entienden las cosas, porque no les conviene entenderlas: ¿de dónde nace, sino de esta causa, esa incredulidad, ese sistema insensato que ahora preocupa tantos espíritus, segun el cual se mira como un triunfo el deshacerse de las ideas importunas, que excitan en un corazon indócil las grandes verdades de la Religion? ¿De dónde proviene, repito, esa presuntuosa superioridad de ideas sobre el vulgo en esta materia? El interes, hermanos míos, es la causa de estos desórdenes: nunca llegan á creerse las verdades de la fe sin sujetarse á practicar su moral, ó sin experimentar los remordimientos mas crueles, si se desprecian. El camino mas corto en este caso es el de ponerlas en duda, como lo hacen los impíos del dia. Los apóstoles, segun la poca inteligencia que manifiestan, no dejan sin embargo de tener cierto interes. Si habian de dar crédito á la predicacion de Jesucristo, era preciso

renunciar las ideas lisonjeras que se habian formado de su reino, y abandonar la pretension que su ambicion les sugiere sobre sus primeras dignidades. En este caso parecia mas simple abandonarse á la incertidumbre, y no querer profundizar lo que no pueden comprender sin tristeza; pero volvamos ahora, hermanos míos, sobre nosotros. ¿No es verdad que tenemos unos mismos motivos para unirnos á Jesucristo en la práctica de la virtud? ¿no lo es tambien que los intereses temporales y humanos son los que nos mueven y nos sostienen? Yo sé muy bien que desengañados del error que cegaba á los apóstoles, tenemos de Jesucristo ideas más justas y mas claras; pero ¿no hay otros puntos en la Religion, sobre los cuales seguimos nuestras ideas y nuestro interes?

Jesucristo deja á los apóstoles en sus tinieblas, y no emprende la explicacion del misterio que les anuncia, porque todavia eran muy débiles. Por otra parte interrumpe esta triste conversacion un suceso casual en la apariencia; pero preparado en la realidad por la sabiduría de Jesucristo, para la instruccion de sus discípulos. Estaba un ciego sentado cerca del camino pidiendo limosna, y cuando oyó el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué era aquello, y le dijeron que pasaba Jesus Nazareno. Este nombre que despierta en su memoria sus prodigios, despierta tambien un sentimiento natural de interes, excita sus deseos y su confianza, y temiendo que se le escape la ocasion de hacerle presente sus necesidades, é implorar su socorro, le dijo á voces: *Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí.* Fijemos, hermanos míos, por un momento nuestra atencion en este suceso. Este hombre era un ciego, y por consecuencia tenia necesidad de informarse de lo que no podia ver por sí: al mismo tiempo era un pobre y estaba reducido á solicitar de los pasajeros el socorro de su miseria. Este pasaje nos presenta pues el espectáculo de un pecador reducido por sus iniquidades al estado de ceguedad y de indigencia, y expuesto á perecer en el seno de su miseria, si no procura instruirse en los medios de convertirse á Dios, y no pide con instancia los socorros que pueden facilitarle esta conversion. El ciego conoce su estado, y busca el remedio mas eficaz dirigiéndose á Jesucristo. Pero ¿cuál es el éxito de su súplica? Jesucristo no responde, y los que iban delante, cansados de sus clamores, le reñian para que callase; pero sin embargo él gritaba mucho mas:

Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí. Las amenazas y las reprensiones de los pasajeros no son bastante eficaces para entibiar su confianza y su fe. No pasemos, hermanos míos, mas adelante; y ántes de saber cómo se porta Jesucristo con este hombre, comparemos nuestras disposiciones actuales con las del ciego de Jericó, y veamos cuál es el motivo que le impele á reclamar con tanto ardor la bondad de Jesucristo; pero nos basta saber que era ciego; que por consecuencia no podia recibir alguna idea de los objetos sensibles, y que estando privado de un sentido, que ademas de ser tan necesario, nos procura tantos placeres en la vida, estaba como muerto y enteramente inútil para el servicio de los demas.

¿Pensáis, hermanos míos, que la ceguedad espiritual no produce efectos á proporcion mas deplorables? ¿Qué estado tan infeliz el de los cristianos, que viven ciegos por el pecado! Porque no ven en las verdades de la Religion sus consuelos; no discernen en los oráculos que se les anuncian, sino un ruido confuso, y casi nunca gustan de oír hablar del espíritu de penitencia y de mortificación: están sentados cerca del camino, es decir, continuamente expuestos á todas las tentaciones de la carne, del espíritu y del corazón: gimen en fin bajo el peso de su pobreza, sin pensar en remediarla. Los mas felices son los que saben exponer su necesidad y esperar el momento, en que se disipen las tinieblas de su miseria, en virtud de las oraciones de los justos, de los socorros de los ministros, y sobre todo de Dios y de su gracia: este es en general el estado del pecador. ¿Qué seria si yo hablase de ciertos pecadores que dominados de costumbres impuras y de delitos vergonzosos, viven en una ceguedad mas deplorable todavia, y á quienes el Espíritu santo ha querido designar en la persona del ciego de Jericó? ¿Qué triste me parece la suerte de este infeliz, hermanos míos! Los otros enfermos pueden al cabo llegar á Jesucristo: los diez leprosos van á buscarle; el centurion se postra á sus piés para pedirle la curacion de su criado; los mas impotentes y enfermos tienen á lo ménos amigos que los presenten; pero este ciego no tiene otro recurso que dar grandes voces, y aún así no puede conseguir que entre tantos que acompañan á Jesucristo, se compadezca alguno de su miseria, sino que al contrario le reprendan y le amenacen. ¿No es esto, cristianos, lo que sucede á un pecador dominado por el demonio impuro? Si quiere hacer

esfuerzos y solicitar su curacion, ¿no se rebela la carne contra él para imponerle silencio? ¿no le salen los sentidos al encuentro, para detenerle en los primeros pasos que quiere dar hácia su salvacion? ¿Ojalá que á ejemplo de este hombre del Evangelio, dominase sus pasiones, y que pudiese resistir á las solitudes de la carne y de la sangre, y á los insultos de los pecadores! Entónces no habria cosa que pudiese impedirle el llegar á Jesucristo; y como este Señor nunca oye con indiferencia los gemidos que nacen de la humildad, suspenderia sus pasos, como lo hizo con el ciego de Jericó. Jesucristo pudiera muy bien condenar á la multitud que le seguia, así por la poca confianza que habia manifestado en su poder, como por su poca sensibilidad á vista de la miseria de este hombre; pero tuvo por mas conveniente instruirla mandando que se le trajesen. Esta conducta del Salvador nos enseña, hermanos míos, que no debemos mirar como un simple consejo, sino como un precepto la obligacion de conducir á Jesucristo á todos los que tenemos á nuestro cargo, y de traer á su rebaño á los que se descarrían de él: si viviendo en medio de los pecadores, no contribuimos á su conversion por todos aquellos medios que nos dicta la prudencia, sin duda hemos renunciado á la fe.

Pero ¿qué es lo que hizo Jesucristo, cuando estuvo cerca del ciego? ¿Qué quieres que te haga? le dice. Esta pregunta en la boca de Jesucristo pudiera sin duda sorprenderos, si no tuvieseis ya una nocion bastante completa de su divinidad y de su poder. Que un hombre semejante á nosotros, y por consecuencia limitado en sus conocimientos, tenga necesidad de que se le espongan las miserias para aliviarlas; que un juez nunca pronuncie sobre nuestra causa, sino despues de un maduro examen y de informaciones competentes; que un médico no ponga el remedio á nuestras enfermedades, hasta que haya estudiado y conocido su especie, sus cualidades y síntomas; todo esto está en el orden de la naturaleza, porque el hombre ignorante por su misma condicion está expuesto á errar á cada paso; pero que Jesucristo, que penetra hasta los mas íntimos secretos de nuestros corazones, y á vista de una enfermedad tan conocida y manifiesta haga semejante pregunta, es una cosa que al parecer excita nuestra admiracion. Sin embargo se desvanece al punto, si consideramos que Jesucristo, por este medio queria hacer el milagro mas sensible, y enseñarnos que no se interesará en

nuestras dolencias, miéntras que no las conozcamos y confesemos, como corresponde. Por esta causa son inútiles sin duda tantas confesiones, en las que una exposicion superficial de nuestros pecados y unas promesas vagas son los únicos testigos de la conversion y del arrepentimiento; por esto son estériles esas oraciones, tan distantes del corazon y en que el espíritu se entrega á la agitacion de los negocios, entre tanto que la boca se ocupa en pedir el remedio de nuestros males. La gracia que se consigue á fuerza de instancias, parece á nuestros ojos mas preciosa y rara, que la que se tiene á poca costa, y el reconocimiento es mas constante y mas vivo. Si bastase que el pecador llorase interiormente sus pecados y pidiese en general el perdón de ellos, ¿qué idea tendria de la grandeza de Dios, á quien ha ofendido, y de la enormidad del ultraje que le ha hecho? ¿Qué precaucion tomaria, para evitar faltas, en alguna manera mas fáciles de borrar que de cometer? Si siempre que viniese á los piés del sacerdote, supiese entrar en el espíritu de Religion que le prescribe este saludable remedio de sus dolencias, ¿no lo miraria como el preservativo mas cierto contra la recaída y el pecado? La pregunta de Jesucristo, hermanos míos, es de grande extension, y prueba la disposicion de Dios para colmar de bienes á las miserables y desprovistas criaturas. La petición del ciego, aunque de pocas palabras, es muy conforme á las miras de misericordia de aquel á quien la dirige, y da la idea mas cabal de un hombre penetrado de sus miserias. *Señor, que vea*, respondió el ciego. ¿Cuántos cristianos, ciegos de espíritu, no saben hacerse la misma justicia que este hombre? Sin embargo todas las cosas que nos rodean, ¿no parece que están de inteligencia con nuestro corazon, para mantener las tinieblas que encubren nuestras pasiones? ¿Hay por ventura alguna materia á que no se extienda esta ceguera? Por ejemplo, muchas personas á quienes conocéis ya por la detestable costumbre de sembrar disensiones y disputas, se aprovechan de la mas pequeña desavenencia, de un momento de frialdad, de una lijera indisposicion que tenéis con el prójimo, para pintárosle con unos colores que lisonjean vuestra animosidad y os inflaman en cólera; entónces es cuando debiais decir: Señor, hacéd que yo vea toda la malignidad del delator que procura indisponerme contra mi hermano, la pureza de las intenciones de mi ofensor, y sobre todo la necesidad

que tengo de contradicciones para probar mi paciencia. Algunas buenas disposiciones que notáis con demasiada complacencia en vuestros hijos, una vivacidad de espíritu que los hace amables, aquellos dichos prontos y agudos que os embelesan, el extremado y gracioso cariño que os tienen, os hace desconocer muchísimos defectos que seria conveniente reprimir en su principio. Si algunos, ménos preocupados que vosotros, os advierten estas faltas, os irritáis de sus consejos, y muchas veces los despreciáis; entónces es cuando deberiais decir: Señor, hacéd que yo vea los disgustos que me preparo, si me descuido en destruir esas costumbres viciosas que dominan á mis hijos; las desgracias que van á caer sobre ellos, si los dejo arraigar en sus malas inclinaciones, la cuenta que habré de dar por tantas iniquidades, que en alguna manera hago personales, porque no las corto á su debido tiempo como debo. Un comercio ventajoso, un puesto lucrativo satisfacen vuestras necesidades: veis que se aumenta vuestra fortuna con una rapidez ostraordinaria, y estáis tranquilos, porque otros muchos viven en el mismo estado con una seguridad, que al parecer justifica la inocencia de los recursos que se emplean para estos fines. Pero ¿no seria muy conveniente abandonar por algun tiempo esta seguridad. para decir á Dios: Señor, hacéd que yo vea la injusticia que quizá cometo en la adquisicion de los bienes, y los peligros que tiene su posesion; hacéd que conozca lo superfluo y lo necesario, para saber lo que debo distribuir á los pobres? Ah! hermanos míos, ¿cuál seria el efecto de una oracion hecha con tanta fe como sencillez! De seguro os conseguiria luces, que ahora son tan raras, porque no se desean ni se buscan. Jesucristo dijo al ciego: *vé, tu fe te ha salvado*; y luego vió. Notád, hermanos míos, que hay en el órden de la naturaleza curaciones de todas especies; que causan muchas inquietudes y cuidados, y muchas veces son infructuosas; pero para que Jesucristo disipe las enfermedades mas inveteradas, basta que los afligidos y necesitados abran la boca para pedir un remedio, y que diga una sola palabra: *Sé limpio*, dice al leproso: *sál fuera*, dijo á Lázaro: *levántate*, dijo al paralítico: *vé*, dijo al ciego; é inmediatamente recobran todos estos la salud, la fuerza, la vista y la vida misma. No quiero, hermanos míos, inspiraros una estéril admiracion de estos prodigios. La confianza corresponde mucho mejor para estas disposiciones benéficas del Salvador: vosotros